

autor pretende en este trabajo verificar la afirmación de Milman Parry en un famoso artículo publicado en 1929, de que el encabalgamiento es una característica distintiva del estilo literario frente al estilo oral, en la composición poética del griego antiguo.

Después de analizar sucintamente el método y las conclusiones de Parry en el citado artículo, así como las publicaciones sobre el tema aparecidas con posterioridad, el autor presenta los datos recogidos de su propio examen de los siguientes textos: los Cantos IX de la *Ilíada* y XII de la *Odisea*, los *Himnos Homéricos*, 270 versos de la *Batracomiomachia* y los *Himnos* en hexámetros de Calímaco. El examen es moroso y detallado, y los resultados obtenidos son presentados en los cinco Apéndices de tablas que aparecen al final del trabajo.

La conclusión a que llega el autor es que la tesis de Parry puede ser mantenida en principio, pero perfilada en algunos aspectos: no es que en la poesía oral no entren nunca en conflicto ritmo y sintaxis, sino que en los textos compuestos oralmente se tiende a conservar la unidad rítmica del hexámetro más que la continuidad sintáctica, como queda de manifiesto sobre todo en el encabalgamiento violento. Esto no quiere decir que el poeta oral no se vea a veces en la necesidad de unir estrechamente dos versos, pero la tendencia natural de la poesía oral es clara, y las excepciones presentan siempre, según el autor, factores «unificadores» que hacen prevalecer el sentimiento de la integridad del hexámetro sobre el hecho de su prolongación sintáctica hacia adelante. En el poeta literario, por el contrario, como muestran los

datos del análisis de Calímaco, además de un sensible incremento de la frecuencia de los encabalgamientos violentos, no aparecen como en Homero factores «atenuantes», sino que la tensión entre ritmo y sintaxis es continua y se resuelve casi siempre en favor de una sintaxis más larga y de mayor complejidad que la paratáctica habitual en Homero, lo que la lleva a sobrepasar a menudo el final de verso.

El trabajo es denso y detallado y constituye, sin duda, una contribución más al estudio de la dicción épica griega.

Rosa A. Santiago

A. LÓPEZ EIRE
Orígenes de la poética

Ediciones Universidad de Salamanca. Serie Manuales Universitarios. Salamanca, 1980 (240 págs.)
(24 x 17 cms.)

El libro reseñado del profesor López Eire es una buena muestra de su rica formación, no sólo en el campo del helenismo, sino también en el de la lingüística en general. En sus planteamientos creemos que puede interesar casi por igual al estudioso del mundo clásico greco-romano, como a los que se preocupan del estudio de la literatura y de la función poética del lenguaje. En su desarrollo no es tampoco un libro sólo para especialistas y eruditos, pues, a pesar de ser riguroso, documentado, amplio en citas y presen-

tación de textos antiguos, el que éstos aparezcan traducidos y/o comentados, así como la insistencia hasta la reiteración en los puntos que se intenta poner de relieve, el afán de mostrar que no hay afirmaciones gratuitas, sino conclusiones deducidas de un cuidadoso estudio filológico, hacen su lectura asequible y provechosa para cualquier persona culta interesada por los problemas de lengua y pensamiento. En este sentido es especialmente notable la síntesis que hace el autor en el capítulo XX del pensamiento estoico y su aportación al estudio de la lengua.

Un hecho que facilita la lectura del libro es su división en capítulos, concebidos cada uno como una unidad en sí mismo, siendo algunos, especialmente los últimos, pequeñas monografías sobre los temas en cuestión.

Comienza el autor, partiendo de los estudios de Jakobson, definiendo la *poética* como la parte de la lingüística que trata de la función poética en relación con las otras funciones del lenguaje, es decir, integrando los estudios literarios dentro de la ciencia que se ocupa del lenguaje, de la lingüística. Pasa a continuación a presentar en el mundo griego antecedentes de esta postura de considerar a la poesía como un tipo especial de lengua: Gorgias, Platón.

Pero el verdadero creador de una *poética* que, a semejanza de la moderna, trate de estudiar la esencia de la obra literaria, analizando sus elementos constitutivos, es, como nos muestra el profesor López Eire, Aristóteles. De los capítulos III al XIII se va exponiendo en el libro que comentamos, concienzuda y detalladamente, el papel decisivo que el estudio de la len-

gua, de la dicción (*λέξις*) desempeña en el análisis de la obra literaria para el filósofo de Estagira. Y en el último queda magistralmente justificada la inserción, dentro de su *Poética*, de los capítulos 20, 21 y 22, en los que Aristóteles expone sus presupuestos lingüísticos; capítulos que algunos filólogos del siglo pasado y del actual han rechazado como espúreos o como inútiles.

Examina nuestro autor en primer lugar la visión aristotélica de las «funciones del lenguaje» (o los constitutivos fundamentales del *λόγος*, para Aristóteles), llegando a la conclusión de que el Estagirita esboza con muy claros ejemplos las llamadas hoy «función referente», «conativa» y «emotiva», las tres básicas, ya que la «función fática» y la «función metalingüística» no son más que variantes de la «conativa» y «referente», respectivamente. Además, se nos muestra a partir del análisis del valor meramente lingüístico de algunas partículas griegas o formas pronominales, cómo Aristóteles había ya intuido que determinadas partes del discurso tienen función, pero no significación, es decir, su función es la de llamar la atención del receptor para establecer, comprobar o continuar el mensaje, o, lo que es lo mismo, su función es meramente «fática». Asimismo queda claro en contextos de Aristóteles que, además de usar la lengua para referirnos a objetos externos a ella, la utilizamos a veces, como cuando definimos «hombre» (*ἄνθρωπος*) como «animal capaz de adquirir ciencia» (*ζῷον ἐπιοτήμης δεκτικόν*), para referirnos a la lengua misma, es decir, con «función metalingüística».

Sorprende comprobar, de la mano del autor, cómo conceptos tan modernos como el de «signo» (σημείον) y «símbolo» (σύμβολον), con sus dos caras de significante de naturaleza fónica y significado conceptual, el principio de lo inmotivado del signo lingüístico, que sólo debido a convención (κατὰ συνθήκην) se convierte en necesario, la estructuración del lenguaje articulado a partir de las unidades mínimas de la lengua, que nosotros llamamos fonemas y Aristóteles llama στοιχεῖα, la doble utilización de los nombres como símbolos de las cosas («referencia a los objetos») o bien como «referencia a los signos» en el concepto aristotélico de definición (ὅρος, ὁρισμός), sorprende comprobar, repetimos, cómo estos conceptos tan familiares a la moderna lingüística, están ya claramente esbozados en la obra del filósofo de Estagira.

Se pasa después a analizar el concepto aristotélico de metáfora, recurso tan frecuente del habla poética, partiendo del concepto aristotélico de «definición»: la metáfora no es más que la feliz sustitución del *verbum proprium* por un sugerente enigma, de la misma forma que en la lengua común la definición o la perífrasis establecen una equivalencia con su *verbum proprium*. Se trata, pues, de un uso relacionado con la «función meta-lingüística» de la lengua. Partiendo de la ecuación $A = B + C$, que simboliza la «definición», donde A representa la especie, B el género y C la diferencia, se observa que en la metáfora se efectúan atrevidas sustituciones de A por B y B por A, eliminando el factor diferenciador C, con lo que la metáfora es menos científica que la defini-

ción, pero más sugestiva. Así resultan los cuatro tipos de metáfora según Aristóteles: 1) Utilización de la forma genérica en lugar de la específica. 2) Utilización de la forma específica por la genérica. 3) Transferencia de una especie a otra. 4) La que él llama relación analógica, en la que hay un intercambio de rasgos entre pares de términos que coinciden en algún sema, por ejemplo: *la tarde es la vejez del día, la vejez es la tarde de la vida*, intercambio de términos posible gracias al sema coincidente de «últimidad», en el par.

Se acomete en los capítulos XIII y XIV el estudio de otro elemento constitutivo de la lengua poética, el ritmo, que ya Aristóteles consideraba resultante de la repetición de determinadas figuras o fórmulas fónicas dentro de la secuencia del lenguaje. El distinguió ya, también, formalmente ritmos y metros, propios estos últimos de la poesía épica y partes recitadas de la tragedia y comedia y característicos los primeros de ditirambos y nomos (lírica monódica y coral). Es cierto que en este punto el Estagirita es heredero de una rica tradición que arranca de Dámon, o quizá de antes, y que tiene un brillante exponente en la doctrina platónica del ritmo y la armonía, pero en Aristóteles esos conocimientos tradicionales son utilizados para penetrar de lleno en la esencia de la función poética, que, en palabras de Jakobson, tiende a «profundizar la dicotomía fundamental de signos y objetos a fuerza de incrementar la perceptibilidad de los signos». Lo distintivo de la poesía es la reiteración; en ella la lengua se amolda a esquemas que se repiten, tanto formales como de conteni-

do. Aristóteles, a este respecto, afirma que el oyente de poesía está necesariamente atento a la repetición de lo análogo o lo similar.

A continuación el profesor López Eire analiza la concepción homérica de la poética, considerando que en los *Poemas Homéricos* existe una prepoética, porque es precientífica la explicación que se da a los tres elementos básicos constitutivos del arte de los aedos —la temática, las palabras y la ejecución. Esos elementos son un don de la divinidad que inspira al aedo el argumento, luego le enseña las palabras que produzcan añoranza en el auditorio (*λυποεντρα ἔησα*) y finalmente le dotan de una «sonora» voz «más dulce que la miel».

También se hace una exposición de cómo y por qué Homero no dejó nunca de figurar en los estudios de poética y retórica, ni de inspirar a los literatos el afán de imitarle hasta la más tardía antigüedad. En opinión de Aristóteles sólo con Homero la épica alcanzó la alta cota de perfección conquistada por la tragedia, el género literario más perfecto, según el Estagirita. El aedo homérico, en efecto, dejó en sus obras pruebas no sólo de su capacidad narrativa, sino también de su habilidad para representar dramáticamente. Por estas cualidades y por el uso que hace de la lengua, es decir, por su estilo, Homero es para Aristóteles el maestro absoluto de la poética concebida como arte. Aristóteles, frente a las interpretaciones filosóficas y alegóricas de los *Poemas Homéricos*, frecuentes antes y después de él, trató de enjuiciar e interpretar la obra de Homero con un criterio estrictamente literario.

En la última parte del libro se anali-

zan las nuevas concepciones de la literatura y la poética que van surgiendo con posterioridad a Homero. A partir de Hesíodo la poesía es a menudo vehículo de enseñanza, religiosa y moral primero, y filosófica más tarde. Él es el primero de una larga serie de poetas que va desde Empédocles y Parménides hasta Giordano Bruno en el Renacimiento y Goethe en el Romanticismo alemán, que coinciden en transmitir a través de su poesía los más variados conocimientos. Platón primero y Aristóteles después, atacaron el valor didáctico de la poesía, considerando que su finalidad no es enseñar, sino entretener y deleitar. Las dos tendencias conviven en la época helenística, incorporando además, como muy bien muestra el autor de nuestro libro, la erudición (*σοφία*) y combinando así la actividad poética con la científica y filológica. Con especial detenimiento examina el autor, como decíamos al principio, las tesis fundamentales de la filosofía estoica y sus correlatos en el plano de la lengua y de la poética, concluyendo que el planteamiento lingüístico y semiótico de la obra literaria, actitud característica de los más modernos estudios, era común en la escuela estoica, donde el estudio del lenguaje comprendía las formas que la lengua adopta y las numerosas cuestiones que plantea, o sea, la retórica, la poética y la gramática.

Termina el libro examinando, a modo de conclusión, las coincidencias entre Aristóteles, como creador de la poética entendida como estudio de la literatura y de la función poética del lenguaje, y los estudios modernos procedentes de los formalistas rusos y de los *new critics* americanos. El autor

concluye que en este campo Aristóteles está más cerca de nosotros que de la preceptiva literaria del Medioevo y el Clasicismo.

No nos queda sino agradecer al Profesor López Eire la aparición de tan notable trabajo, en un campo tan poco «hollado» por nuestros estudios clásicos y, a la vez, con un enfoque tan novedoso. Todo ello, además, dentro del más rancio y severo método filológico.

Rosa A. Santiago

E. JUNYENT I SUBIRÀ
*Diplomatari de la Catedral
de Vic. Segles IX-X*

Publicacions del Patronat d'Estudis Ausonencs. Sèrie Documents/1.
Vic 1980, XII, 136 pp.

Acaba d'aparèixer el primer volum d'una obra pòstuma del doctor Eduard Junyent, en la qual l'eminent arqueòleg i historiador vigatà guanya una altra batalla de les moltes ja aconseguides per ell en favor de la cultura catalana. En efecte, es tracta ara d'una important edició de diplomes medievals que el doctor Junyent tenia preparada des de feia temps però que per dificultats de tipus econòmic —segons explica el senyor bisbe de Vic, Ramon Masnou, en la presentació que fa del diplomatari— la seva publicació s'ha vist ajornada fins avui en què n'ha tingut cura l'equip de treball constituït, sota la coordinació del senyor Ramon Ordeig, per mossèn Miquel S. Gros

—a qui devem també una breu introducció—, per mossèn Antoni Pladevall i pel senyor Manuel Rovira, que han verificat les transcripcions i refet els registres i aparats crítics d'acord amb les normes diplomàtiques actuals.

Aquesta primera part de les sis en què està previst que aparegui la col·lecció diplomàtica completa de la Catedral de Vic, relativa als segles IX i X, consta de 160 documents impecablement transcrits que abracen el període comprès entre el 18 de setembre del 879 i el 29 de març del 933. Els diplomes van precedits d'un resum suficientment explícit, així com de la datació segons el còmput actual, d'acord amb les taules cronològiques del professor F. Udina contingudes en *El Archivo Condal de Barcelona en los siglos IX-X* i les observacions formulades pel professor A. M. Mundó en l'article *La datació de documents pel rei Robert (996-1031) a Catalunya*. L'aparat crític, quan s'escau, reproduïx assenyadament la signatura vella i nova del pergami transcrit i hom no hi amaga mai les lectures difícils o poc segures; així mateix hom indica el nombre probable de lletres que manquen en les paraules o frases il·legibles per deteriorament de la vitel·la. Hom té cura així mateix d'assenyalar amb un asterisc les signatures autògrafes.

En una edició tan acurada com la que comentem només se'ns acudeix una petita observació respecte al criteri seguit en la puntuació. És de tothom coneguda la dificultat amb què topa l'editor de textos medievals per tal de puntuar-los degudament donat el seu llenguatge tan particular. Nogensmenys en l'aplec que ens ocupa creiem